Luz que brilla hace veinte siglos

Por Bruce Barton, ex-diputado al Congreso de los Estados Unidos

(Tomado de la revista "Your Life")

Para uno de los hombres que yo más admiro por su prudencia y elevación moral, no hay en la Biblia frase de más profundo y revelador sentido, en estos días de dolorosa congoja, que aquella exclamación de Jesús: "¡Cómo compadezco a la multitud!"

Según mi amigo, en esas cinco palabras está comprendido el espíritu del Cristianismo.

Recuerden ustedes que la multitud le había seguido durante tres días por el yermo. Estaba cansada y abatida. Los discípulos querían despedirla. Pensaban que las gentes comunes deben permanecer en sus casas y atender a sus quehaceres.

—¡Señor! ¡Despídelas!—decían los discípulos.

Pero el pensamiento de Jesús era muy otro. Miró aquellos rostros vulgares y cansados. Pensó en las cargas que pesaban sobre aquellos seres, en su larga paciencia, en su admirable lealtad, en su fé obstinada, que de tan poco se alimentaba: de la sola esperanza en que no tardaría en sonreírles un mañana venturoso.

EL era parte de ellos y ellos eran parte de EL. Y sintióse enternecido de compasión.

La compasión florece donde menos se creería. Cierto prelado conozco yo, que, si por su jerarquía figura entre los grandes de su credo, resulta de una pequeñez lamentable, al medirlo por su capacidad de compadecerse de la multitud. Conocí, en cambio, a un tabernero, que ha pasado ya al otro mundo, y que, probablemente, halló en él un puesto entre los elegidos, en recompensa de la caridad que mostró siempre en el trato con sus prójimos.

Muchos de nosotros tememos que ese derroche de compasión agote nuestra energía y nos deje exhaustos para nuestra tarea. Pero la dinámica de la compasión desafía las leyes ordinarias de la energía. Ejercitándola, descubriremos que, como Anteo en el Mito clásico, nuestra fuerza se duplica por el contacto compasivo con el barro bendito de la humanidad.

Así lo entendía, y así lo practicaba, San Francisco de Asís. Y todos conocemos seres que, aunque en grado menor que el santo, parecen hallarse henchidos de secreta vitalidad, nutrida por la solicitud con que sus almas buscan los dolores del prójimo, como las raíces del árbol la tierra profunda y jugosa. El otro día estuvo en mi despacho la bondadosa mujer con quien estoy casado desde hace más de un cuarto de siglo.

—¡Pobre ascensorista!—me dijo.

—¿Y qué le pasa al ascensorista?

—Pero, hombre, ¿será posible que no lo sepas? Su hijito está muy grave; ha tenido que llevarlo al hospital para que lo operen...

¡Véan ustedes lo que son las cosas! Día tras día, por varios años, había subido y bajado yo en ese ascensor; y ni siquiera estaba enterado de que el

ascensorista tuviese un hijo. En cambio mi mujer que sólo de cuando en cuando va a mi oficina, le había inspirado a ese hombre la suficiente confianza para que él le hablara de su hijito y le contara que se hallaba en el hospital. ¿A qué se debió esto? Sencillamente a que el padre del niño había adivinado que en aquella señora alentaba un alma compasiva. E hizo algo más que sentir lástima de él, pasando del impulso misericordioso a la obra de misericordia, cuidó, con discreta delicadeza, de que al niño no le faltara nada.

La compasión pertenece al número de esas grandes virtudes—tolerancia, benevolencia, comprensión—que se agrupan bajo las banderas del amor al prójimo. Difiere de la lástima en que no presupone, como esta, un vago sentimiento de superioridad de parte del compasivo. No es sólo que el objeto de nuestra compasión nos inspire pena: es que, uniéndonos a él por la "fraternidad del sentimiento", aliviamos su pesar, al compartirlo.

"Pongan su confianza en Dios, pero procuren hacer algo ustedes mismos", solía decirles a sus alumnas Mary Lyons, la fundadora del Colegio Mayor del Monte Holyoke. Este "procurar hacer algo" es lo que le comunica a la compasión su peculiar y resplandeciente carácter. Porque es ella virtud activa que nos mueve a la abnegación, que se traduce en nuestro esfuerzo por aliviar el padecimiento ajeno. Recordemos que Jesús no se contentó con sentir lástima de la muchedumbre hambrienta: se compadeció de ella: le dió de comer.

Un hijo acude a nosotros entristecido por sus desilusiones de adolescente; un empleado llega a nuestra oficina preocupado por el problema que le parece insoluble. ¿Qué hubiera hecho por ellos Jesús? ¿Se habría librado de ellos con un apresurado: "Ahora tengo mucho trabajo", o un convencional: "Estoy seguro de que todo se arreglará"? Cuando iba camino de Jerusalén y de su crucifixión Jesús no anduvo tan ocupado que no pudiera hacer un alto para escuchar la súplica de un ciego y devolverle la vista.

Los ecos de un acto compasivo se multiplican notablemente al volar de corazón en corazón. Siendo Romain Rolland un escritor joven y oscuro todavía, escribió al gran Tolstoi, contándole sus esfuerzos artísticos y pidiéndole una palabra de consejo. Tolstoi le contestó en una larga carta que empezaba así: "Sus padecimientos me llegan al corazón". Luego prodigaba generosamente consejos y aliento al joven escritor al que nunca había visto. ¿Acaso quedó sin recompensa la compasión de Tolstoi? "No"—contesta Rolland—. "Inspirado por su compasiva simpatía, he escrito cientos de cartas alentadoras a otros escritores jóvenes que se veían acosados por dudas y temores iguales a los míos. Del mismo modo que los panes y los peces de la parábola, la bondad de Tolstoi se ha multiplicado milagrosamente".

Hoy, más que nunca, necesitamos alimentar la llama humilde de nuestra compasión y mantenerla ardiendo en nuestros corazones para que no se extinga la luz que viene iluminando al mundo desde hace dos mil años. ¡Séan nuestras vidas como prismas al través de los cuales pasen los rayos del amor al prójimo, dando luz y color a un mundo que el dolor y la crueldad han ennegrecido!

Tomado de Selecciones del Reader's Digest. Diciembre de 1942.